



## SERMON,

Ó SEA HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO DE LA MAGDALENA.

*Mulier erat in civitate peccatrix.*

Luc. 7.

SEÑORES :

¿Qué nos importa investigar quién sea esta muger pecadora, de la cual nos habla el evangelio? No busquemos por una vana curiosidad lo que el Espíritu Santo parece quiso ocultarnos. Cuando se nos presentan unos tan bellos exemplares, tratemos únicamente de instruirnos en ellos para la imitación. Por lo que á mí hace,

decía S. Gregorio el Grande, cuando reflexiono sobre este modelo de penitencia, confieso que las expresiones me faltan, y la ternura que se apodera de mi corazón me hace derramar lágrimas, deseando mezclarlas con las de esta ilustre penitente. Pero otro objeto sin embargo, continúa este padre, ocupa mi atención no menos que el primero, y es la bondad de Jesucristo al recibir esta pecadora. No solo la recibe, sino la llama y la atrae. Su divina misericordia que interiormente la atrae, la recibe en el exterior: *Mariam venientem, Jesum suscipientem; suscipientem et trahentem.*

Fixemos pues nuestra vista sobre tan bellos objetos, y procuremos no olvidar este doble y edificativo espectáculo; porque como decía S. Agustín, explicando á su pueblo este mismo evangelio, nuestros días de penitencia tocan ya en su término. La Iglesia va á vestir de luto sus altares en representación y memoria de

la muerte de su Esposo, y se acerca el tiempo en que la misericordia de nuestro Dios, como dice un profeta, va á romper y allanar los diques que le oponia su justicia: Jesucristo, digo, que va á ser crucificado por los pecadores, nos manda hacer penitencia porque se acerca el reino de los cielos. Con este objeto, y para que no aprendais por luz las que son tinieblas, vengo á presentaros con S. Gregorio un perfecto exemplar de esta virtud. Para proceder con algun método dividiré la materia en dos partes. La penitente del evangelio será el asunto de la primera, y el juicio que Jesucristo hace de ella será el de la segunda. Pidamos con rendimiento las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de su augusta esposa. Saludémosla con el ángel. AVE MARÍA.

*Mulier erat in civitate &c.*

Donde abundó el delito, dice el Apóstol, sobreabundó la gracia. Palabras breves, pero enérgicas, que aplicó el Crisóstomo á la pecadora del evangelio. El escándalo de su vida, sus galas profanas, su amor al mundo, á sus pompas y vanidades, fecundó origen de sus crímenes, todo habia abundado en esta pecadora: *abundavit delictum*. Era pues necesario que al transformarla sobreabundase la gracia para presentarnos un gran modelo de penitencia: *superabundavit gratia*. Ella en efecto fue penitencia generosa, sabia y sincera. Reflexemos por un momento sobre estos caracteres.

En primer lugar, para obscurecer y apagar la luz pública de sus escándalos, y la desenvoltura con que los habia cometido, debió oponer una penitencia generosa, pública, y capaz

de borrar las impresiones que sus malos exemplos habian causado en el ánimo de sus expectadores; pues como un santo doctor se explica, la penitencia no es otra cosa que la destruccion y aniquilacion del pecado. De este irrefragable principio de la moral infiere S. Agustin, que no se remite el delito sin la restitution de lo que él habia quitado.

La pecadora habia escandalizado por sus desórdenes á las gentes timoratas. Era pues necesario que reparase públicamente su delito; pues aunque el justo Nicodemus iba de noche á consultar á Jesucristo, la pecadora pública no debió conformarse con este exemplar. Tomó pues la generosa resolucion de ir á buscar al maestro á casa del Fariseo, que era uno de los mayores zeladores de la ley, para proporcionar lo público de su arrepentimiento á lo notorio de sus crímenes; á fin de que la sinagoga ofendida por sus escándalos queda-

se consolada y edificada por su penitencia.

Esta muger asimismo habia sido causa de la ruina de muchas almas, atrayéndolas con su mal exemplo al vicio de la profanidad, como lo executan no pocas de nuestros dias. Sus lágrimas pues debian correr pública y largamente; porque habiendo toda la ciudad sido testigos de sus desórdenes, lo fuesen tambien de su penitencia. Pecadora en la ciudad la llama el evangelio, para darnos á entender, dice el Crisóstomo, que su nombre mismo manifestaba el pecado; y pecado de toda la ciudad, añade el Crisólogo: *appellationem habuit peccatum, totius civitatis peccatum*. Por fuerte que esta expresion os parezca, S. Cipriano consideraba á esta pecadora únicamente como á una de estas mugeres del gran mundo, invulnerable aun á los tiros de la maledicencia; pero que por su luxo, por la indecencia de sus adornos, por la

liviandad de sus discursos , por el artificio de su persona , y la indiscreta afectacion de no parecer en público sino con brillantez y desenvoltura , arastraba mas corazones , y hacia mas conquistas que la mas diestra y prostituta cortesana. Pero pecados de toda una ciudad es expresion demasiado fuerte , y que nos pone á la vista estos funestos artifices que saben autorizar y eternizar los atractivos del crimen de la profanidad , ya con sus pinceles , ya por medio de sus plumas , ó de la extravagante y ridícula invencion de sus muñecas. De aqui procede , con injuria del nombre cristiano y descrédito de la religion , que abundan mas en nuestros dias las Jetzabeles , Cleopatras , Julias y Mesalinas , que las Susanas , Lucrecias y Magdalenas penitentes , y que nada sea mas comun que ver torres de Danae por tierra. ¡ Ah ! ¿ quién es capaz de ponderar hasta dónde se ha extendido la criminal y funesta influen-

cia de esta profanidad en el vestir , de esta vergonzosa desnudez , de esta escandalosa desenvoltura , no solo del bello sexó , sino de cierta especie de Bátalos ú hombres afeminados , que por parecer Adonis pretenden desmentir su sexó ?

Es pues necesario , sacerdotes del Altísimo , que exálteis vuestra voz á manera de una trompeta , como lo ordenó el Señor á Isaías , para despertar de su funesto letargo á estas infelices almas , antes que oigan resonar la de su terrible juicio. Aprovechad , os ruego , las ocasiones de intimarles su conversion á imitacion de la Magdalena , principalmente cuando sus crímenes son públicos. No perdais jamas de vista la terrible sentencia del Señor á su profeta , que le dice : *hijo del Hombre , si cuando yo digo al pecador que morirá eternamente , no se lo anuncias , ni le persuades que para vivir abandone su iniquidad , este malvado morirá en su impiedad ;*

*mas yo requeriré su sangre de tu mano. Pero si se lo anuncias de mi parte, y no se convierte de su impiedad, él morirá en su iniquidad, y tú libraste tu alma.* En fuerza de este oráculo si no quereis caer en las manos de Dios vivo, y rodar á los pies de su trono, instad oportuna é importunamente á todas estas personas profanas y esclavas del escándalo, á sus padres ó maridos que las consienten, que abandonen esta senda impia que los conduce sin recurso á un oprobrio eterno; que reconozcan en tiempo y llóren sus pecados como la pecadora del evangelio; porque el reino de Dios se acerca, y la segur está ya á la raíz del árbol que ocupa inutilmente la tierra. Aprovechad pues este aviso saludable, personas profanas y pecadoras de la ciudad, y expiad con lágrimas públicas vuestros públicos y escandalosos crímenes.

Ni pretexteis para dispensaros que es menester ocultar las buenas obras

para evitar la burla de los libertinos y por respeto á la misma religion; porque no rara vez esta falsa modestia, dice un sabio, es el velo con que los mundanos cubren su tibieza, y el respeto humano toma entre ellos la máscara de religion. No así la pecadora del evangelio; pues como afirma un padre de la Iglesia, la que no tuvo reparo ni rubor para sus profanidades, buscó sin avergonzarse la salud á los pies del Salvador. Desde el momento en que fue tocada por la gracia, nada la detiene, nada mas examina que sus culpas. Piensen lo que quieran de una mutacion tan pronta los cómplices de sus desórdenes, ella se cree feliz, ya crea que los mueva á penitencia con su exemplo, ya que se atraiga por este medio su desprecio y sus burlas. Ella no piensa agradar al mundo, sino únicamente á Jesucristo. Entró pues en la sala del convite sin temor de los convidados, porque el dolor que la oprimió

mia no la daba lugar á pensar en las circunstancias de su estado, ni en los respetos humanos, sino en obrar frutos dignos de penitencia y buscar su salvacion, postrándose arrepentida á los pies de Jesucristo, con un firme y público divorcio del mundo profano y de sus obras de tinieblas. Resolucion generosa, propia para reparacion de sus escándalos, y sabia al mismo tiempo por los medios que aprovecha, para inclinar la misericordia del Señor.

Esta pecadora, dice el evangelio, lleva consigo un vaso lleno de bálsamo oloroso, y se pone detrás á los pies de Jesucristo. Su postura sola nos pone á la vista una penitente. Confundida con la memoria de sus crímenes no se atreve á presentarse delante de su Dios. ¿Pero se oculta por ventura, á imitacion de Adan, este primer pecador? Nada menos. Únicamente desea una mirada favorable de este Dios de misericordia, de lo cual se cree indigna. Se arro-

ja pues á los pies de su juez ofendido, que es lo que debe hacer un reo. Preocupada de su dolor, ni aun se atreve á hablar palabra. ¡Silencio elocuente! dice el Crisóstomo, que clama con la mayor energía. Sus lágrimas en la ocasion sirvieron de intérprete: lágrimas eficaces, á las cuales no sabe Dios resistir, como S. Agustin se explica: lágrimas apreciables, que en dictámen de S. Cipriano son una especie de Bautismo en que los pecadores recobran la gracia: con ellas, dice este padre, se lava y bautiza esta pecadora: con ellas riega los pies del Salyador; para manifestar por medio de este torrente, como se explica el Crisóstomo, que la abundancia de lágrimas penitentes debe ser proporcionada á la multitud y enormidad de los pecados. Algunas gotas podrán purificar estas faltas leves, que S. Pablo llama pajas; mas un promontorio enorme de crímenes que la concupiscencia ha levantado

como un muro de division entre el cielo y nosotros, son necesarios rios de lágrimas para echarlo por tierra.

Deseo pues me digais si expiais asi vosotros vuestros crímenes. ¡Ah! yo os veo demasiado sensibles en la menor desgracia: observo que el miedo de la menor pérdida ó revés de fortuna os turba; que la muerte de un padre, de un hijo, de un marido, os hace por lo comun derramar inconsolables lágrimas. Mas la pérdida de la gracia, la ruina de vuestra alma, la idea del fuego eterno del infierno, la privacion de la vista de Dios por una eternidad, ¿todo esto no lo mirais de ordinario con total indiferencia? ¡Ó quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de dia y noche los pecados de mi pueblo!

La pecadora, señores, no contenta con derramar tiernas lágrimas á los pies de Jesucristo, los enjuga con sus cabellos, que tantas veces habian

sido instrumentos de su vanidad, y objeto favorito de sus mayores cuidados. Para purificar sus labios, que con frecuencia habian manchado su alma, besa los pies del Salvador; y lo que tenia por mas precioso para su adorno; es decir, estos perfumes esquisitos que consagraban su idolatrado cuerpo á la sensualidad y á la delicadeza, los emplea en los pies de Jesucristo: *unguento ungebat*. Asi executó lo que S. Pablo ordenó despues á los fieles; esto es, que todo lo que ha servido al pecado sirva tambien á la penitencia: *servire exhibuistis iniquitati; exhibite servire penitentiae, et justitiae*.

En este lugar del Apóstol, dice S. Juan Crisóstomo, se trata de reducirnos á la modestia cristiana, y á los estrechos límites de la honestidad: se os exhorta á que vengais como la pecadora del evangelio, á enjugar los pies de Jesucristo con vuestros cabellos; esto es, á arrojar de vosotros

ese luxu profano que os ha hecho tantas veces culpables y reas de la pérdida de muchas almas. Es ademas necesario, que todo lo que hasta aqui habeis empleado en este luxu escandaloso lo consagreis al alivio de los pobres. En pocas palabras: todo lo que os ha servido para ofender al Señor debe servirnos en lo sucesivo para satisfacerle y desagraviarlo; pues segun la expresion de S. Gregorio, hablando de la pecadora, aun los holocaustos de vuestra penitencia deben ser tomados en los instrumentos de vuestros pecados. Esta será una penitencia dirigida por la sabiduria, proporcionada en los medios; y animada siempre por el amor será sincera.

No fue, señores, una máscara de penitencia, como la de muchos pecadores, que la simulan por algun tiempo, la que conduxo á esta pecadora á los pies de Jesucristo. Fue un ardiente amor lo que la estimuló; y yo desearia poderos entrar en los sen-

timientos de su corazon, para que reformaseis el vuestro sobre este gran modelo. El de esta pecadora era un corazon verdaderamente contrito; un corazon penetrado de dolor, y tal como el Señor lo pide por sus profetas; esto es, un corazon que Dios ha ablandado con la suavidad de su gracia; un corazon contrito y humillado, como el que David presentaba al Señor; un corazon, dice San Agustin, lleno de horror contra sí mismo, de una humillacion esencial á la verdadera penitencia; un corazon en fin enteramente mudado, cual Isaías lo pedia á Israel; es decir, que deteste soberanamente todos los objetos del pecado; mutacion indispensable de una verdadera penitencia.

Tal era el espíritu de esta pecadora. Amó mucho, dixo el Salvador: *dilexit multum*. De aqui debemos concluir que todo lo que manifestó exteriormente era nada en comparacion de lo que pasaba en su alma. Amó



*mucho*: de donde se sigue, dice un sabio, que las lágrimas que derramó aún no eran suficientes para manifestar el dolor de su corazón: se sigue, que la humilde disposición que tomó solo era un débil símbolo de la humillación de su alma; y aun el uso que hizo de los objetos de su vanidad no designaban completamente el horror que la inspiraban: *dilexit multum*. Porque amó mucho, dice San Cipriano, que cuando exteriormente sacrificó su lujo y sus adornos á los pies de Jesucristo, su corazón mismo era el altar, sobre el cual ofrecia la víctima: *dilexit multum*.

Y si me preguntais en qué ocasión habia ella recibido esta flecha del amor divino, os diré con San Agustin, que fue al acabar de oír aquel bello discurso que Jesucristo habia hecho á los judíos. Los rasgos de misericordia y de dulzura con que el mismo Señor se habia dibuxado, hirieron su corazón, dice este padre.

¡Ah, cuánto seria de desear que vos, mi buen Jesus, os dignaseis dirigir en esta hora las mismas flechas de amor que á esta feliz muger á todos los pecadores, para que os amarán mucho! ¿Pero qué digo? ¿No son igualmente fuertes y penetrantes las flechas que el Salvador os arrojó clavado en una cruz por vuestro amor, para borrar el decreto de vuestra condenación, y abriros con su muerte las puertas del cielo? ¿No sale del fondo de ese sagrado tabernáculo, donde real y verdaderamente reside, un fuego de amor, capaz de abrasar vuestros corazones? ¿No os espera, como al hijo pródigo, con los brazos abiertos para vestiros la estola de su gracia? ¿No ha jurado solemnemente que no quiere la muerte de ningún pecador? Consolaos pues con el juicio que hizo él mismo de la pecadora: segunda parte de este discurso. Seguidme atentos.

II. Por poco que reflexemos sobre

las circunstancias de esta conversion, hallamos de parte de Jesucristo un juicio de bondad, capaz de atraer á penitencia á todos los pecadores. Un juicio asimismo de justicia para que formemos idea de nuestras penitencias; y para decirlo de una vez, un juicio de misericordia y de justicia al mismo tiempo, capaz de instruir á los pecadores en la doble obligacion que Dios les impone. Reflexemos brevemente con un célebre orador. Una famosa pecadora que se ha distinguido por su profanidad, su lujo y sus desórdenes, viene á Jesucristo: no solo se arroja á sus pies, sino que lo toca. Jesus la recibe y la sufre, á pesar de que se expone al juicio injurioso del Fariséo. Toma en fin su defensa y la absuelve. Nada olvideis, os ruego, de estos rasgos de bondad.

Para estimularos pues á penitencia no pienso valerme ahora de las amenazas que fulmina un Dios ofen-

dido contra los pecadores impenitentes. Prefiero en este momento manifestaros los rasgos mas dulces de su bondad. Venid pues á los pies de Jesucristo, que está pronto á recibirnos como á la pecadora del evangelio. ¿La detiene un solo instante, ó la reprehende al acercarse? ¿Ah! ¿cómo podría ejecutarlo con la que él habia esperado por tanto tiempo? ¿Se habia limitado á esperarla? ¿Cuántas veces la habia solicitado por el movimiento interior de su gracia? ¿Cuál debió ser su alegría al ver que la ardiente flecha de su caridad habia hecho una profunda herida en el corazon de esta pecadora, que la habia penetrado de dolor, y que encendida en su amor estaba postrada á sus pies? ¿Ah! creedme, señores: tiene Jesus mas alegría al verla arrepentida y postrada, que ódio habia concebido contra sus desórdenes; y siente en sí mismo mas deseo de absolverla, que ella de recibir el perdon. ¿Quién no

admira y aprovecha esta inefable bondad? Por mas pecadores pues que seais, desea Jesucristo vuestra salvacion con mas ardor, que la suya el mayor de los santos.

Pero temed que este exceso de misericordia se convierta algun dia en rigurosa justicia por no haber querido cooperar de vuestra parte á su gracia. Pero ; ó mi Dios! La ingratitud, que entre nosotros pasa por un monstruo abominable, es mirada por los mundanos como una accion indiferente cuando se termina á Vos. Esta adorable paciencia de nuestro Salvador en sufrir nuestros desórdenes, esperando nuestra penitencia, ha dado mas de una vez ocasion á los libertinos y hombres carnales de censurar la divina Providencia, y de hacer juicios los mas injuriosos á la misericordia de Dios y á su bondad. Hé aquí una constante figura. Un fariseó, dice el evangelio, escandalizado de la libertad de la pecadora, y

de la favorable acogida que halló en Jesucristo, dixo entre sí: *si este hombre fuera profeta, supiera quién es la muger que lo toca.* Asi, dice S. Agustin, juzgan los impios: racionio falso, que aun cuando quiera suponerse justo, no es conforme con la misericordia de nuestro Salvador. Este disimula, porque es el gran Profeta enviado principalmente por su Eterno Padre á llamar los pecadores á penitencia, á consolarlos en su penitencia, y á compensar su penitencia con la indulgencia y remision de sus pecados: *dissimulans peccata hominum propter pœnitentiam.*

Su providencia, señores, parece estar dormida; pero disimula, porque su misericordia encadena á su justicia, y espera vernos penitentes; de que le resulta, para decirlo asi, una suma alegría. ¿ Mas hasta cuándo retardaremos esta penitencia? ¿ Cuándo daremos á nuestro buen Jesus la satisfaccion de que pronuncie sobre

nosotros, como á favor de la pecadora, la remision de nuestros pecados? ; Quién pudiera, mugeres profanas, hombres afeminados; quién pudiera deciros en nombre del Salvador: vuestros pecados estan perdonados! ; O si yo pudiera haceros sentir todo el consuelo que esta breve expresion encierra! Mas esto solo pueden percibirlo los corazones penitentes. ; Pero qué digo? Deberé yo persuadirme que vuestro pecado os complace de tal suerte, que no deseais ser perdonadas? ; Deberé creer que mirais con tanta indiferencia la amistad de vuestro Dios, que no deseais recobrarla? ; Será posible que seais tan insensibles á su ódio, que rehuséis recibir el perdon que de buena voluntad os ofrece: *remittuntur tibi peccata tua*; ó podré creer que vuestra pasion os lleva hasta el extremo de renunciar de la bienaventuranza que nos adquirió Jesucristo con su sangre?

No me atrevo á confirmarme en un juicio tan poco ventajoso ácia vosotras, ni á persuadirme ameis mas vuestras profanidades, que la dulce y amable paz que el Señor os ofrece, y que está pronto á deciros como á la pecadora: *vade in pace*: ; paz inefable! que excede á todos los sentidos: *quæ exuperat omnem sensum*. Pero nosotras, me parece os oigo decir, nosotras frecuentamos esta iglesia en calidad de penitentes, y sin embargo esta paz que Jesucristo dió á la pecadora nos es desconocida.

¡ Ah! ; qué quereis os responda? ; Habeis llorado vuestras culpas; habeis arrojado vuestros adornos profanos; habeis amado al Señor con corazon contrito y humillado? En esta hipótesi, dice un sabio, tendreis á vuestro favor el juicio de justicia de nuestro amabilísimo Redentor, que hizo por sí mismo la apología de la pecadora, refutando al Fariséo. Mas por lo que á vosotras hace, ; qué jui-

cio formará Jesucristo de vuestras penitencias, si despues de haberos visitado largos años confesar en las solemnidades, y aun de haberos tal vez visitado estando en peligro de muerte, os ve como á los impios en un perpetuo círculo, del pecado á la penitencia, de la penitencia al pecado, sin ninguna enmienda?

Juzgad, os ruego, pecadores, juzgad vosotros mismos si os debo consolar con el exemplo de la pecadora del evangelio. ¿Veis esta muger? Jesucristo la absuelve, y rebate al que la condena. Pero advertid que es una verdadera penitente; porque al punto que el Señor la llama con su auxilio, ella se apresura y viene á pedirle su gracia: viene libre, viene voluntaria, para confusion vuestra: he dicho *para confusion vuestra*, porque mas de una vez es necesario que los horrores de la muerte, ó las leyes severas de la Iglesia, sostenidas por terribles anatemas, os obliguen á venir

á los pies del ministro de la reconciliacion. ¿Qué juicio pues quereis se forme de esta vuestra penitencia? No la gradúo de imposible; pero sí de expuesta y difícil, por no decir presuntuosa y temeraria. ¿No veis á esta pecadora? *¿Vides banc mulierem?* Ella abandona al punto su profanidad y todo el aparato de su luxo escandaloso y profano; detesta el pecado, dexa la ocasion, y se adhiere á su Redentor, arrepentida, llorosa y amante. ¿Habeis dado vosotras estas muestras, mugeres profanas? ¿Habeis lavado los pies á Jesucristo con lágrimas penitentes? ¿Le habeis ungió con el bálsamo del amor, como expone el Crisóstomo? ¿Pecadores! no os engañeis, dice el Apóstol; pues *Dios no será burlado*.

Oid con atencion, os ruego, al mismo Jesucristo, que en muy breves palabras os va á instruir en lo que debéis á vuestro Dios, y en lo que se ha dignado empeñarse á vuestro fa-

vor en orden á vuestra justificacion: y hé aqui lo que llamo juicio de misericordia, y al mismo tiempo de justicia. Un acreedor, dixo Jesucristo al Fariséo, tenía dos deudores: el acreedor es Dios, y nosotros todos somos los deudores. Mas la deuda de todos no es la misma: uno debe cincuenta denarios, y otro quinientos. Por exemplo, Simon el Fariséo, á quien el Señor habla, es un orgulloso lleno de la idea de su propia justicia, aunque por otra parte hombre austero é irreprehensible en su conducta. La pecadora del evangelio es una escandalosa, responsable á Dios del libertinage de toda una ciudad. Ninguno de los dos tiené con qué pagar. Es menester que el acreedor caritativamente remita á ambos la deuda por entero. ¿Quién pues lo ama mas, dice el Salvador? Juzgo, respondió Simon, que es aquel á quien mas perdonó. Jesucristo aprobó su respuesta, diciendo: *bien has juzgado; rectè judicasti.*

¿Quién no conoce por esta breve expresion la misericordia de Dios sobre nosotros? ¿Y quién no ve que ella debe ser la medida de nuestra gratitud? Es verdad que el Señor olvida, para decirlo asi, los crímenes del penitente que absuelve; mas al pecador conviene acordarse de ellos para detestarlos; para sujetar con su arrepentimiento aquella concupiscencia que sus pecados inflamaron, y no está aún extinguida; para excitarse á vengar la justicia de Dios, que aunque por la buena confesion nos perdona la pena eterna, pero no el reato de pena temporal que corresponde á cada culpa; para inflamar en fin mas y mas el amor al Señor con respecto á la deuda remitida.

Asi lo han practicado los mas ilustres penitentes de todos los siglos: un David adúltero y homicida, que perdonado por Dios tenía sin embargo presente siempre su pecado delante de sus ojos para detestarlo é implo-

rar la divina misericordia ; un Paulo, perseguidor de la Iglesia, que convertido por Jesucristo en vaso de eleccion, se juzgaba indigno de llamarse apóstol, y castigaba su cuerpo para reducirlo á servidumbre ; un Pedro, que por haber negado á su Maestro, de cabeza del apostolado quedó reducido á miserable apóstata ; pero que á pocos instantes, á influxo de una mirada saludable, fue convertido á la gracia del Salvador, y confirmado en el privilegio de su vicario y cabeza visible de su Iglesia sobre la tierra ; ¿ no lloró amargamente su pecado todo el resto de su vida, hasta derramar su sangre en defensa de la divinidad de Jesucristo ? Un Agustino, una Margarita de Cortona, y para omitir otros muchos, la pecadora de nuestro evangelio, aunque restituidos á la gracia del Señor en fuerza de su sincera penitencia y de su amor, ¿ no lloraron sus culpas el resto de sus dias ?

¡ Ah! esta feliz muger, conocida hasta entonces por sus desórdenes, lo fue en lo sucesivo por su amor y austeridad de penitencia, sin que el evangelio, como reflexiona S. Ambrosio, vuelva á llamarla pecadora : solo habla de la estrecha y tierna amistad que conservó despues con Jesucristo. Esta muger que habia sido el escándalo de toda una ciudad, añade este padre, vino á ser un apóstol de la penitencia, no solo en la ciudad, sino en la Galiléa, en la Judéa, y exemplar á todo el mundo. Esta muger, dice S. Agustin, ganó de tal suerte el corazón de Jesucristo, que nada rehusa que le pide. Considerad á esta muger á los pies de la cruz, mas fuerte que los apóstoles mismos, recibiendo sobre sí las últimas gotas de la sangre de Jesus, para acabar de lavar sus crímenes, como se explica el Crisóstomo. ¿ Y no fue esta dichosa muger la que por su amor mereció ser uno de los primeros testigos de su Resurreccion ? ¿ No podré yo inferir de aqui

que la penitencia de esta pecadora fue generosa, sabia, sincera, segun el juicio de bondad, de misericordia y de justicia, que para instruccion nuestra manifestó el Señor en la conversion de esta feliz muger, acreditando que donde habia abundado el pecado sobreadundase la gracia?

Imitemos pues, señores, el exemplo de esta pecadora, si queremos ser felices como ella. En Dios no hay aceptacion de personas: su Unigénito murió por todos; su gracia á todos se extiende, y con ella lo podemos todo: correspondedla fielmente, seguidla, prestadla con rendimiento vuestro corazon, para que obre en él frutos dignos de una penitencia generosa, sincera, permanente, que atraiga la misericordia del Señor sobre vosotros. Amad en fin y servid á Dios en esta vida, para recibir sus bendiciones en la eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

## NOTA.

Al publicar este Tom. XV. de mis Sermones varios, exige la justicia y la buena fe recuerde á mis lectores lo que protesté en el prólogo del Tom. I. ; á saber, que habia hecho unos apuntamientos, extractos, ó como una especie de lugares comunes de varios autores, asi nacionales como extrangeros, que me servian para todo, refundiendo en propio caudal y substancia los pensamientos y sentencias ajenas. En los discursos pues de este tomo me he valido con frecuencia de algunos pensamientos y materiales de Jarry, Burdalue, Jard, Ballet, Charaud, Ciceri y algun otro anónimo que trataron de la materia. No los cito en el discurso por sus nombres, por no ser costumbre, ni conveniente citar en el púlpito otras autoridades que las de la escritura, la tradicion, los concilios, decisiones de la Iglesia y



padres. Mas para suplir esta falta uso de las expresiones: *como dice un sabio*, *como se explica un célebre orador* &c. Hago esta sincera confesion, para que no se me arguya de plagio, ni de que me visto de las plumas de la corneja. Por lo demas, el que tenga á mano estos libros conocerá con evidencia mi trabajo. Todo en fin lo sujeto al juicio de nuestra madre la Iglesia, y á la correccion de los sabios. Pridie kalendas septembris MDCCCXVI.

*M. Fr. Sebastian Sanchez*  
*Sobrino.*

## Í N D I C E

De los Sermones que contiene este tomo.

Panegírico de S. Benito.	Pág. 1.
Sermon de santa Ana.	29.
Sermon de la Santísima Trinidad.	56.
Sermon sobre la educacion cristiana.	84.
Discurso sobre el tiempo comparado con la eternidad.	120.
Panegírico de N. P. S. Francisco de Asis.	147.
Panegírico de S. Juan Bautista.	180.
Sermon de la Magdalena.	206.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Robb  
MICROFILMADO 1958

7N.1

НИКОЛАЙ ПУДОВ

СТАВКА УЧЕБНИХ БИБЛИОТЕК СОВЕТСКОГО  
СОЮЗА ССР



